

LA JERARQUIA, AXIOLOGICA Y SU PROYECCION EDUCATIVA

PARTE HISTORICA

POR RICARDO MARÍN IBÁÑEZ

Al valor le es esencial el orden jerárquico. Es una intrínseca exigencia su ordenación preferencial. El mundo del valor es un mundo en relieve, no horizontal. Elegir es anteponer unos valores a otros, es decidirse por alguno. Preferir ser ingeniero o abogado, cumplir fielmente con mis deberes o violarlos cuando me ampara la impunidad decidirme por un tipo de espectáculo u otro es estar anteponiendo o posponiendo determinados valores y ejercitar nuestra personal escala. Nadie escapa a esta necesidad de resolverse por una determinada jerarquía. Cada pueblo ha definido su perfil en la historia por los valores que ha colocado en la cima y por los que ha dejado en segundo plano. Y también por los que ha despreciado. Eduardo Spranger en "Formas de vida" ha hecho una clasificación de los tipos fundamentales humanos en función de los valores que han predominado en su quehacer vital y nos habla del hombre teórico, económico, estético, social, político y religioso¹.

La Pedagogía no puede esquivar este tema tan profundamente humano y de tan plurales proyecciones educativas.

Pero el que todos tengan su personal escala de valores, el hecho de su cotidiana inevitabilidad, nos lleva de la mano a su problema más grave: la escandalosa discordancia de valoracio-

¹ SPRANGER, E.: "Formas de vida." *Revista de Occidente*. Madrid, 1966.

nes en torno nuestro. Asomarse a la sociedad o a la historia es comprobar las más inconciliables preferencias. Todos creen en su propia valoración, todos pretenden defender o imponer su jerarquía. Hay una exigencia universal más allá de pretendidos relativismos, y una discordancia tan insalvable que pone en grave aprieto todas las teorías objetivistas del valor, y más en este punto crucial.

¿Podremos justificar un determinado orden preferencial? ¿O habremos de sucumbir al relativismo ante la imposibilidad de alcanzar una fundamentación que reclame nuestra aquiescencia? Y si logramos justificarla, ¿cómo explicar las discordancias irreductibles? Antes de resolver el problema de la jerarquía debemos atacar una cuestión previa. ¿En qué fundamentos ha de apoyarse la formulación de una tabla de valores? ¿Qué principios metódicos emplear para resolver este problema? ¿Esa jerarquía ha de ser deducida *a priori* de unos principios fundamentales, o ha de ser lograda inductivamente?

He aquí algunos de los interrogantes que la axiología ha suscitado y a cuyo esclarecimiento queremos contribuir.

Veamos primero algunas de las clasificaciones que más resonancia han obtenida en el pensamiento moderno, donde el problema ha sido planteado con todo el afán de clasificar sus fundamentos, y resolverlo, en la medida de lo posible.

CONSIDERACION HISTORICA

Antes de iniciar una solución sistemática vamos a considerar algunas de las jerarquías de valores más representativas a lo largo de la Historia.

De las grandes escuelas valoristas prescindiremos de la escuela austríaca (Meinong y Ehrenfels) y en general de la corriente relativista del valor. En realidad, al subjetivizar el valor, al relativizarlo, anularon por su base todo intento para formular y justificar una tabla ordenada de los valores, siempre pendiente, para ellos, del sujeto valorante, cualquiera que éste fuese. No importa que Ehrenfels en su "Sistem der Wertheorie" nos hable de que una jerarquía condicional es esencial al valor.

Cualquier tabla en estas condiciones tiene un carácter fáctico, provisional; extremando la expresión, diríamos inválido.

Iniciaremos el estudio con dos de los pensadores más representativos, en este tema, de la escuela neokantiana del valor: Hugo Münsterberg y Enrique Rickert. De la axiología fenomenológica expondremos la jerarquía de valores ya clásica de Max Scheler, con su previa fundamentación y también la de Ortega y Gasset, que ha sido en España el exponente más fiel de la escuela fenomenológica. Por último, enumeraremos algunos autores que de una manera un tanto genérica son englobados bajo el título de realismo valorista. De ellos destacamos especialmente a Luis Lavelle, que ya se ha hecho clásico desde su obra "Los valores", y junto a él, Guillermo Stern y René Le Senne.

Ellas iluminarán nuestro enfoque sistemático del problema y no sólo como condición previa del mismo, sino como método que marcará los límites y dará el contenido. En realidad cuando se pretende elaborar una original tabla de valores, lo que de hecho suele ocurrir es que se ordena el conjunto de valores con los que se cuenta en un momento histórico dado.

Tendremos en cuenta, pues, las ordenaciones ya establecidas y los criterios en que se basan, y nuestro afán consistirá fundamentalmente en buscar el punto de vista que pueda integrarlos.

ESCUELA NEOKANTIANA DEL VALOR

En reacción contra todos los positivismos y subjetivismos de la segunda mitad del siglo XIX, la escuela neokantiana ha pretendido ganar para todo el ámbito de la cultura la validez general—universalidad y necesidad—que Kant consideraba esencial para que un conocimiento tuviera el rango de científico.

Los valores se extraen del campo de la cultura, dejando todas las particularidades pendientes del azar de la historia y reteniendo los rasgos universales, que para los neokantianos penden siempre de la estructura ideal de la naturaleza humana.

El valor no se comprueba como un hecho empírico más. Para que alguien pueda enjuiciar un acto como justo, es preciso que la idea—el ideal—de justicia esté ya en él, sólo así ilumina la realidad y puede considerarla justa. Si no viviese el valor de

la justicia, antecedente a cualquier experiencia, nunca podría hablar con sentido de lo justo o de lo injusto. Más todavía, es el fracaso de la experiencia el que hace surgir en la conciencia, ante el vacío de la realidad, las normas ideales, de validez apriórica, gracias a las cuales se interpreta el mundo, se valora y tiene un sentido para nosotros.

Se ha tachado esta escuela de subjetivismo y en cierto modo con razón, pero conviene subrayar que el sujeto al cual reducen las normas aprióricas, el que da fundamento a la validez de todas las normas, es un sujeto ideal, irreal.

Hugo Münsterberg

Es quizá el representante de la más ambiciosa, sistemática y cerrada clasificación de los valores².

Inspirándose en Fichte, quiere derivar toda realidad y todo valor de una primitiva acción originaria. Todos los valores son puestos por nosotros. La conciencia es espontánea y creadora en el más riguroso sentido de la palabra. Si bien no se trata de una conciencia en sentido psicológico-real, sino más bien lógico-ideal.

La división primaria es la de los valores *vitales y culturales*. Unos y otros, los de la vida y los de la cultura, responden a la fundamental exigencia de la identidad, idea clave del idealismo en el que se inspira y al que sigue. Esta identidad presenta cuatro vertientes:

a) Identidad de cada ser consigo mismo o valor de *conservación*.

b) La concordancia entre sí de las diversas facetas particulares: valor de concordancia o de *simpatía*.

c) Todas las diversidades deben permanecer idénticas consigo mismas (valor de corroboración o *acción*).

d) Cada uno de estos valores ha de realizarse en los otros (valor de *ejecución* o consumación).

Por último, cada uno de estos ocho valores se bifurcan en tres, según se refieran al mundo exterior, a las demás personas o

² MÜNSTERBERG, Hugo: "*Philosophie der Werte*." Leipzig, 1921.

al mundo de la intimidad. Así nace su tabla de veinticuatro valores, quizá la primera y más ambiciosa de todas.

	Mundo externo	Mundo del prójimo	Mundo interno
I. Valores de existencia	Cosas.	Caracteres (personalidades).	Valoraciones.
II. Valores de continuidad o conexión	Naturaleza.	Historia.	Razón.
III. Valores de unidad	Armonía.	Amor.	Felicidad.
IV. Valores estéticos	Artes plásticas.	Poesía.	Música.
V. Valores de evolución	Crecimiento.	Progreso.	Autodesarrollo.
VI. Valores de actuación y de producción	Economía.	Derecho.	Moralidad.
VII. Valores divinos	Creación.	Revelación.	Salvación.
VIII. Valores fundamentales ...	Universo.	Humanidad.	Supra-yo.

Ante este cuadro, tan vasto, surge una espontánea objeción: hay una confusión entre valores, bienes, valoraciones y seres, cuya consideración indiscriminada reclama un mayor rigor metódico para separar la disparidad de sus elementos integrantes.

Enrique Rickert

Para él toda la filosofía es filosofía de los valores. Estos se descubren analizando el horizonte general de la cultura, tal y como se despliega a lo largo de la historia.

La vida sólo tiene sentido en función de los valores, que le prestan una iluminación y fundamentación última.

Por un lado se resiste al excesivo sistematismo de Münsterberg; pero, por otra parte, siempre con una decidida voluntad de sistema, propio de todo neokantiano, quisiera reducir la multiplicidad caótica de los valores que refulgen en los bienes culturales a un sistematismo, pero no cerrado, sino abierto a una determinación última de las formalidades que dan sentido a la historia,

pero dejando abiertas otras posibilidades aún no experimentadas. La historia no ha terminado y aún esperan inéditas muchas zonas culturales. En una palabra, quiere una filosofía de los valores sistemática, formal y disponible para recibir conquistas por venir.

Las formas configurantes de la experiencia valoral son normas, no objetos. Entre el valor y la realidad hay una sima insalvable. De ahí surge el imperativo que nos lleva a realizar el valor. Si realidad y valor se confundieran, no haría falta encarnarlo con nuestra acción en el mundo circundante.

Al forjar su tabla de los valores tiene en cuenta los bienes en los que se realizan, la actitud subjetiva con la que nos enfrentamos a ellos y el dominio en el que aparecen. Por dominio entiende Rickert la consideración reflexiva de cada zona de valor, que viene a cuajar en los tratados o materias correspondientes, en el ámbito de la cultura.

Para que la clasificación sea exhaustiva, aunque meramente formal, Rickert emplea la división dicotómica utilizando tres pares de criterios³.

Persona o no persona (*cosa*).

Actividad o no actividad (*contemplación*).

Social o *asocial*, según nos enfrentemos a los valores individualmente o en cuanto integrantes de algún grupo.

Por último, Rickert destaca en su clasificación la tendencia a la perfección o finitud que se logra muy variamente en los distintos dominios. En ocasiones el valor no se consigue jamás de un modo total; el camino para su conquista es interminable, por eso estos bienes son siempre de *futuro*; representan una totalidad infinita, es decir, no finita, siempre inacabada. Tal ocurre con la verdad, cuya posesión total es inalcanzable, o con la moralidad, siempre abierta a ulteriores perfeccionamientos.

Otros bienes tienen un fundamental carácter de *presentes*, como la belleza o la felicidad, porque se circunscriben de suyo a una parcela del todo, a una particularidad finita.

Por último, hay otros bienes de *eternidad*, tales como los reli-

³ RICKERT, Heinrich: "Allgemeine Grundlegung der Philosophie" (capítulo VII). Tubinga, 1921.

giosos, pues se refieren a una totalidad plena, digamos en la terminología de Rickert difinita.

Poniendo en juego todas estas consideraciones, Rickert presenta su personal clasificación de los valores:

	Objetos asociales — Contemplación monística	Personas sociales — Actividad pluralista	Grados de valor de la perfección o consumación
Dominio . . .	Lógica	Ética	Primer grado.
Valor	Verdad	Moralidad	Totalidad indefinida.
Bien	Ciencia	Comunidad de personas libres	Bienes de futuro.
Actitud subjetiva . . .	El juzgar	Conducta autónoma	
Dominio . . .	Estética	Erótica	Segundo grado.
Valor	Belleza	Felicidad	Particularidad finita.
Bien	Arte	Unión amorosa	
Actitud subjetiva	Contemplación	Inclinación-entrega.	Bienes de presente.
Dominio . . .	Mística	Filosofía de la religión	Tercer grado.
Valor	Santidad impersonal (panteísta)	Santidad personal (religioso)	Totalidad infinita.
Bien	El Uno y Todo	Mundo de los dioses	Bienes de eternidad.
Actitud subjetiva	Retiro (deificación).	Piedad	

LA AXIOLOGIA FENOMENOLOGICA

La escuela fenomenológica ha nacido y se ha definido a sí misma en debate permanente contra el sicologismo de raigambre empirista y sobre todo contra la escuela neokantiana y aún el propio Kant. La "Ética" de Max Scheler se define en oposición

sistemática contra la “Crítica de la Razón Práctica” de Kant y su consideración formalista del valor sin contenido alguno, frente a la cual se alza casi agresiva su propia concepción del apriorismo material de los valores.

Los valores ya no tienen su sede en la conciencia, por muy irreal que ésta sea, sino en un orbe que se le enfrenta y al cual la conciencia tiene que prestar un asentimiento apriorístico.

Por encima de las cambiantes condiciones de la experiencia donde imperan fugaces tablas de valores, está la exigencia de una ordenación jerárquica ideal, que ni pende de valoraciones individuales o colectivas, ni de momentáneas realizaciones temporales.

La escuela fenomenológica igual que la neokantiana, concede al valor un carácter ideal; pero mientras que esta última lo coloca de parte del sujeto, como exigencia suya, los fenomenólogos le dan una independencia de toda conciencia valorante.

Max Scheler

Con su “Ética” dio el máximo impulso a la axiología. Es el autor que más cuidadosamente ha tratado de justificar su propia jerarquía de valores, enumerando cuidadosamente los criterios que permiten anteponer unos a otros.

Para Scheler, el que los valores estén necesariamente ordenados jerárquicamente, se nos aparece de un modo intuitivo, en un preferir apriorístico que nunca puede ser derivado o deducido de premisa alguna. Sin embargo, enumera cuidadosamente las reglas del preferir que nos permitirán fundamentar una tabla de valores⁴.

El primer criterio para distinguir la dignidad axiológica es el de la *duración*. Es un criterio temporal. En la vida cotidiana estimamos que algo es superior cuanto es más duradero. Una máquina que pronto deja de funcionar carece de valor. Claro que una persona cuya duración es inferior a la de un mineral, no por eso vale menos. Pero éstos son bienes y nos importan los valores mismos. Lo decisivo, para Scheler, es que los valores inferiores

⁴ SCHELER, Max: “Der Formalismus in der Ethik und die materiale Wertethik. I. 1913, II. 1916. *Ética*. Trad. española, Rev. Occidente, 1941.

son fugaces por su propia esencia, como el placer corporal, mientras que otros, de suyo, parecen estar más allá del tiempo, como la verdad.

Hay valores que se dividen y cuya apropiación por alguien excluye a los demás de similar posesión. La fruta que yo como no le sirve a nadie más y el traje que llevo puesto sólo a mí me cubre. Para que otro pueda utilizarlo he de quitármelo yo. Hay valores, pues, esencialmente divisibles, fraccionables. Su posesión es excluyente. Están tan ligados a la extensión que en condiciones normales con ella aumentan y disminuyen. Así dos kilos de fruta tienen doble valor que uno. En cambio, nos encontramos frente a otros valores en los que la *divisibilidad*, el enlace con las condiciones espaciales y la apropiación exclusiva, parecen no hacerles mella, al menos de un modo directo. La belleza de una obra literaria puede ser percibida, gozada, por una ilimitada multitud, y por ello ni desaparece ni mengua. La verdad que está comunicando el profesor en su clase llega intacta y por igual a todos los alumnos con capacidad de captarla. Por eso los bienes ligados a las condiciones materiales dividen a la humanidad, engendran luchas, y son elementos de discordia. No así los bienes espirituales, que por no agotarse no son causas directas de las rivalidades entre los hombres.

Hay valores cuya justificación última parece residir en otros distintos. Así la técnica tiene interés en cuanto sirva a otros valores, como los de agrado, los de nuestra vida o para una comunicación espiritual. El mismo agrado y desagrado sensible no puede contraponerse a la vida, sino servirla. Es absurdo tomar un alimento por muy grato que sea si tiene consecuencias mortales. La misma vida se *funda* en valores espirituales que la trascienden y le dan sentido. En última instancia, todos los valores acaban obteniendo su última justificación en un espíritu personal e infinito.

También podemos ordenar los valores por el tipo de *satisfacción* que nos producen. Los hay que suscitan una complacencia epidérmica, localizada y fugaz: los corporales. Pero hay otros que nos afectan en lo más profundo de nuestro ser. Cuando los realizamos parecemos quedar justificados. Sentimos que estamos en nuestro propio camino. Experiencia que cada cual puede comprobar cuando el cumplimiento del deber le ha exigido incluso

renuncias heroicas. Quizá uno de los hechos más sintomáticos para descubrir que alguien carece de la profunda satisfacción que da la vivencia de los valores superiores, es la búsqueda incontralada de goces superficiales. Un caso sintomático es el borracho que intenta suplir con la pasajera exaltación de la bebida el fracaso de valores más profundos.

El carácter absoluto o *relativo* de un valor es también un criterio para detectar su altura. El agrado sensible está vinculado a nuestra condición corporal y aun a la particular de cada uno, por eso las preferencias en lo orgánico son tan ilimitadamente variadas, pero en cambio hay otros que no dependen de la constitución biológica del sujeto que los percibe. Sería absurdo alegar como justificación del crimen, que produce al delincuente más placer que el respeto al prójimo. Los valores morales reclaman un cumplimiento categórico y no hipotético. Mi agrado o desagrado no cuentan para nada. Estos valores absolutos se presentan ante el puro sentir independiente de la sensibilidad y de las exigencias orgánicas. Brillan ante un preferir y un amar puramente aprióricos.

Estos cinco criterios enumerados nos indican claramente que los valores son superiores cuanto menos fugaces, menos extensos y divisibles, cuanto más fundamentantes y menos fundamentados por otros, cuanta más profunda y radical satisfacción humana nos producen y cuanto menos relativos a nuestra condición biológica.

Junto a estas consideraciones fundamentales hay otras que contribuyen asimismo a clarificar la selva de las valoraciones. Veamos algunas de las que enumera de un modo un tanto precipitado Max Scheler.

Valores de *personas* y de *cosas*. Naturalmente son superiores los de *personas*, como la virtud, que sólo a ellas puede corresponder, frente a los de *cosas*, como los económicos, de utilidad o de goce.

Valores de *disposición de ánimo*, de *acción* y de *éxito*. Estos últimos son inferiores, pues sólo la acción y la disposición de ánimo tienen un claro sentido moral. El éxito a veces depende de condiciones tan extrínsecas, que no puede aumentar o velar el valor moral de la persona. Una moral del éxito o de los rendimientos no es una auténtica moral.

Valores *individuales* y *colectivos*. En cada hombre podemos considerar su personal *valía* y la que le corresponde en cuanto representante de un grupo o clase. Y nada debe empañar el amor, que se dirige siempre al individuo en cuanto a tal, no en cuanto perteneciente a determinada colectividad.

Valores por *sí mismos* y *referenciales*. Lo que vale por sí mismo tiene una cierta independencia y autosuficiencia, en cambio los referenciales son fundamentalmente instrumentos para conseguir algo, cuyo caso más típico es el de la técnica. También pertenecen a este grupo los valores simbólicos, como la bandera, que, naturalmente, no es un puro símbolo de valor.

* * *

Teniendo en cuenta estos criterios, Max Scheler nos da su propia ordenación jerárquica de los valores:

Los ínfimos son los de *agrado* y *desagrado*.

Los valores *vitales* forman el segundo escalón de la serie, tales como los de agotado, vigoroso, vejez o muerte y aun las reacciones instintivas, como el valor o la cólera.

Los valores *espirituales* se caracterizan por su superioridad o independencia frente al mundo circundante y aun frente a nuestro propio cuerpo. Ellos justifican y ante ellos deben sacrificarse los vitales. Se subdividen en tres clases fundamentales:

- a) *Estéticos*, como lo bello y lo feo, lo sublime y lo ridículo.
- b) Los de lo *justo* e *injusto*, que naturalmente tienen un sentido mucho más profundo que la ley o el estado, puesto que estos últimos adquieren su validez precisamente al ser justos.
- c) El puro *conocimiento de la verdad*. El ejemplar máximo se daría en la filosofía, pues las ciencias positivas, por lo general, tienen un valor referencial por su finalidad pragmática. Repárese en que para Scheler la verdad no aparece como un valor, pues sería objeto de la inteligencia, mientras que los valores se captan por la estimativa, puro sentir espiritual.

La máxima categoría la alcanza lo *santo* y lo *profano*, pues se nos presentan con un carácter absoluto y sus reacciones sentimentales, la felicidad y la desesperación, son las que sacuden de raíz nuestro ser. En todo caso, con las actitudes que suscitan,

como la veneración o la adoración, nos situamos ante valores personales y absolutos.

Este orden jerárquico es, a su vez, un imperativo moral. Se habrá observado que el valor ético, en cuanto tal, no aparece en la ordenación scheleriana. Para él el valor moral consiste en la realización jerárquica de los valores. Cuando antepone uno inferior a uno superior infringimos el orden moral. El agrado sensible no puede atentar contra la vida, ni ésta contra la justicia o la santidad. La obligación moral consiste en seguir el orden de valores tal y como se intuye aprioricamente en un preferir sentimental. Cuando nuestra elección y acción real no se ajusta a esta limpia mirada previa, nos gana el remordimiento por haber traicionado nuestro sentido valoral.

Ortega y Gasset

Ha dedicado un estudio especial al tema del valor. En realidad no ha hecho en él sino divulgar la clasificación de Max Scheler, con muy pequeñas diferencias. La pareja de lo agradable y desagradable ha sido sustituida por los valores útiles, que para Scheler tenían un carácter referencial.

Los valores espirituales sufren también un ligero retoque. Los intelectuales figuran claramente sin el escrúpulo antilógico que detuvo a Max Scheler. Aparecen los morales, de los que lo justo e injusto son sólo uno de los grupos, y sobre todo, los valores estéticos, sorprendentemente, en la interna ordenación de los espirituales, se encaraman por encima de los intelectuales y de los morales.

Salvas estas diferencias, el resto del trabajo es un esfuerzo por extender dentro del área hispánica el tema de los valores visto desde el ángulo de la escuela fenomenológica. Atalaya desde la que seguiría considerando el panorama valoral García Morente⁵.

Sin embargo, Ortega no recoge ni una sola de las motivaciones de Max Scheler para ordenar el mundo axiológico y despacha el problema con esta mera observación como preámbulo para su

⁵ GARCÍA MORENTE y JUAN ZARAGÜETA: *Fundamentos de Filosofía*, lec. 22, Espasa-Calpe, Madrid, 1943.

tabla, en la que, eso sí, ha sido cuidadosamente subrayado el carácter de la polaridad; el hecho de que a cada valor positivo acompañe el correspondiente negativo, como la sombra sigue al cuerpo:

“El problema de la clasificación de los valores requeriría muy complejas observaciones. Quede, pues, intacto para mejor coyuntura. Solamente con el fin de facilitar al lector la meditación propia sobre tan sutil materia indicaré las grandes clases que, atendiendo a su materia, forman los valores.”

Valores positivos y negativos

Útiles	}	Capaz — Incapaz	
		Caro — Barato	
		Abundante — Escaso, etc.	
Vitales	}	Sano — Enfermo	
		Selecto — Vulgar	
		Enérgico — Inerte	
		Fuerte — Débil, etc.	
	}	Conocimiento — Error	
Intelectuales		Exacto — Aproximado	
		Evidente — Probable, etc.	
	}	Bueno — Malo	
Espirituales . . .		Bondadoso — Malvado	
		Morales	Justo — Injusto
			Escrupuloso — Relajado
		Leal — Desleal, etc.	
	}	Bello — Feo	
Estéticos		Gracioso — Tosco	
			Elegante — Inelegante
			Armonioso — Inarmonioso
Religiosos	}	Santo, sagrado — Profano	
		Divino — Demoníaco	
		Supremo — Derivado	
		Milagroso — Mecánico, etc.	

EL REALISMO VALORISTA

Como en tantas ocasiones ha ocurrido en la Historia, lo más valioso de una escuela ha ido más allá de sí misma, le ha sobrevivido.

Hoy sería difícil encontrar una escuela valorista en toda su pureza metodológica. Lo más sustantivo de este pensamiento, igual que le ha acontecido a la fenomenología, ha venido a formar parte del hacer filosófico y pedagógico casi común del siglo XX.

Al incluir los pensadores más abajo enumerados, bajo el epígrafe impreciso de realismo valorista, queríamos sólo destacar un rasgo común: el acentuado y general interés por mantener los valores en contacto vivo con la realidad que nos circunda. Todos estos pensadores han querido salvar el hiato entre un mundo ideal de valideces normativas y una realidad en la que de un modo inexplicado incidía el valor para los neokantianos y los fenomenólogos.

Dentro de este grupo tan dispar, algunos, alineados en un realismo más patente, como el de no pocos neoescolásticos, vincularán claramente el ser y el valor⁶. Otros en cambio, destacando la función predominante del sujeto que valora y sobre todo pensando que el valor es en no pequeña parte algo aún no realizado y que urge al hombre para que lo traiga al mundo de la existencia, se mantendrán en una posición menos francamente realista. En todo caso la realidad circundante está de hecho penetrada de valor, siquiera sea al compás de la acción del hombre, en función de sus tendencias, pero nunca lo relegan a un mundo meramente ideal.

De este panorama tan dispar e impreciso elegimos algunas figuras, por el explícito tratamiento que han hecho de este problema y porque las tres pertenecen al personalismo valorista.

⁶ LOTZ, J. B.: "Sein und Wert." Paderborn, 1938.

Guillermo Stern

En su obra "Wertphilosophie" nos ha dejado una de las obras capitales de la axiología contemporánea. La distinción clave, ya popularizada por él, es la de: *Valores propios, valores extraños y valores irradiados*. Esta división tricotómica es uno de los ejes de la axiología de Guillermo Stern.

Valores propios o intrínsecos son aquellos que tienen significación independiente sin necesidad de ulterior referencia. En realidad sólo las personas tienen valor propio, no así las cosas. Sin embargo, conviene puntualizar que para Stern lo característico de la persona es una existencia que, no obstante la pluralidad de sus partes, constituye una real y peculiar unidad con valor en sí misma, y como tal, a pesar de la pluralidad de sus funciones parciales, de actuación espontánea, unitaria y orientada a su fin. Con ésta tan amplia definición y puesto que no exige para la personalidad conciencia ni libertad, es lógico que incluya en ella muchas realidades que el sentido usual no puede considerar como tales. Dentro del valor propio o personal hay una gradación de acuerdo con su dignidad ontológica que va desde los seres unicelulares, las plantas y los animales, pasando por los hombres, hasta la familia, el pueblo, la humanidad y la Divinidad.

Los valores irradiados son los que sin tener un valor propio, tampoco lo tienen meramente referencial, así las partes del cuerpo tienen un cierto valor en sí mismas y a la vez por relación al todo, del mismo modo ocurre en los momentos de un todo musical. Lo fundamental del valor irradiado es que se trata de un valor de participación, valor de parte o valor simbólico. Stern incluye aquí las ideas, por no poder atribuirles el carácter personal, la moralidad y la religión, el arte y el derecho, la historia y la sociedad, la salud y la propiedad.

Los valores extrínsecos o de servicio se caracterizan porque son medios para los valores propios, están referidos hacia ellos y sólo por ellos tienen significación. Como el valor de servicio está siempre dirigido a un fin, sus características son: la futuridad, la potencialidad—puesto que sirve como medio—, la genera-

⁷ STERN, Wilhelm: "System des kritischen Personalismus, III: Wertphilosophie, Leipzig, 1924.

lidad o adecuación a diversos fines y la polaridad, pues la relación al fin puede ser positiva y negativa. Los valores de servicio con mucha frecuencia son equiparables: así el precio de una tela y el de un alimento. Estos medios se pueden prolongar en una serie prácticamente indefinida de medios para otro medio. Por ejemplo, un coche, la fábrica en que se hace, las materias que se utilizan, etc. Lo típico de la técnica es que es un valor ministerial, su misión es servir para otra cosa. La economía o el deporte son ejemplos significativos de valores de servicio. El caso más puro y extremo es el valor de cambio o dinero.

Esta separación no es absoluta: los valores de servicio pueden convertirse en valores irradiados. Así, un campo o un coche pueden ser no sólo medios para otra cosa, sino como elementos de la personalidad a quienes dan sensación de poderío.

Tres actitudes caben, según Guillermo Stern. La centrípeta destaca los valores centrales de una persona y descuida los demás. La centrífuga se despreocupa de los valores de la persona, como centrales, comportándose como un mero instrumento respecto a los valores irradiados o excéntricos. La actitud ética fundamental, para él, sería la de la introcepción, que se logra cuando alguien afirma a la vez los valores propios de la personalidad y los valores extraños.

Cada cual ha de alcanzar la plenitud de su valor personal realizando ordenadamente los valores extrapersonales.

René Le Senne

Para Le Senne hay cuatro valores fundamentales que brotan de nuestra relación con el mundo. Partiendo de un esquema espacio-temporal considera que las relaciones en que se basan los valores son las de interior y exterior, delante y detrás. Estas direcciones dan sentido de orientación a nuestras acciones. Los cuatro valores son:

1. La verdad extraversiva y retroversiva.
2. El arte introversivo y retroversivo.
3. La moral extraversiva y proversiva.
4. Amor introversivo y proversivo.

Sin embargo, en todos los valores hay una mezcla en diversas proporciones de introversión y extraversión, proversión y retroversión. El amor es el supremo porque la fuente y raíz de todos los valores es el amor a la verdad, a la belleza y al bien.

La ciencia y el arte son más bien contemplativas y se dirigen ante todo a las cosas, mientras que la acción es lo decisivo en la moral y el amor, que apuntan preferentemente a las personas.

Luis Lavelle

Para Lavelle la noción de valor es inseparable de su ordenación jerárquica, pues se nos aparece siempre como una escala entre dos extremos, que serían los casos puros del bien y del mal.

La diversidad de los valores de hecho es tanta como la diversidad de los individuos o de los objetos a los que aplican su actividad. Hay, pues, una multiplicidad infinita de valores de acuerdo con la multiplicidad de los individuos, de las funciones, de las situaciones y de las cosas, pero todos convergen en una radical unidad.

La clasificación de los valores surge como un intento de mediación entre la unidad fundamental del valor y la infinita diversidad de los valores particulares. Esta clasificación se basa en las funciones fundamentales de la conciencia, que expresan el enlace de la subjetividad y de las condiciones objetivas. Con este punto de vista Lavelle obtiene seis grupos fundamentales de valores⁸.

En un primer plano están los valores que se relacionan con el cuerpo: son los que consideran al individuo como envuelto en la Naturaleza, en el mundo. Desde el punto de vista del objeto aparecen los valores *económicos*, conjunto de condiciones que hacen posible la existencia del individuo. Son los valores útiles. Desde el punto de vista del sujeto aparecen los valores *afectivos*, que no hacen sino reflejar la situación objetiva. Representan el eco de los valores útiles en nuestra subjetividad.

⁸ LAVELLE, Louis: "Traité des valeurs", Tomo II. París, Presses Universitaires de France, 1955.

En un segundo plano el hombre se sitúa frente al mundo, destacándose de la Naturaleza como ante un espectáculo. En este estadio, desde el punto de vista del objeto, aparecen los valores *intelectuales*, que permiten definir y conceptualizar la realidad, mientras que del lado del sujeto afloran los valores *estéticos*; en éstos la persona convertida en una sensibilidad desinteresada experimenta el placer de la pura presencia del objeto.

En un plano superior, el hombre aparece por encima del mundo como independiente de la Naturaleza. Desde el lado del objeto surgen los valores *morales* en cuanto nos enfrentamos con otros seres como nosotros que nos invitan a una acción comunitaria regida por la Ley, y desde el lado del sujeto brotan los valores propiamente *espirituales*, religiosos.

Esquemmatizando la ordenación jerárquica de Luis Lavelle quedaría así:

Aspecto objetivo	Aspecto subjetivo	
Morales	Espirituales.	Hombre sobre el mundo.
Intelectuales	Estéticos.	Hombre frente al mundo.
Económicos	Afectivos.	Hombre en el mundo.

⁹ HESSEN, Johannes: "Tratado de Filosofía", Tomo II, Teoría de los Valores. Trad. de J. A. Vázquez. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1959.

¹⁰ LAVELLE, Louis: "Introduction à l'ontologie" P.U.F., 1947 Trad. esp. Fondo de Cultura Económica. México.